

conmigo; ¡permita Dios que un día parezcáis á las gentes más infame que yo!

Gabriel palideció de cólera.

—Si os irrita lo que os digo, mejor, dijo la Mari Galana; si me matais, me haceis un favor.

—¡Véte! dijo con toda su altiva dignidad Gabriel de Espinosa.

La Galana le miró con una dolorosa ansiedad.

Luego se cubrió el rostro con las manos y salió llorando.

—¡Pobre mujer! dijo conmovido Gabriel de Espinosa; pero esto era necesario; yo no podía bajar hasta ella.

VIII.

—Bien empleado te está, dijo la tia Martina saliendo con la Galana; dentro de ocho dias no te acordarás de él, como no te acuerdas de Corchuelos.

—Te engañas, bruja de Satanás, porque voy á hacer tanto, que vá á meter ruido; ¡le quiero! ¡le quiero! ¡le quiero! y ha de ser mio.

—¿Pero á dónde vamos como alma que lleva el diablo, mujer? decia la Martina siguiendo jadeante ya por la calle á la Galana que iba disparada.

—¡Que se vá á ir! decia para sí misma la Galana; no te irás, yo te lo aseguro, porque yo haré que no te vayas, aunque luego tenga que lamer la tierra por tí, y andar de rodillas hasta la fin del mundo, y aunque haya de pasar más trabajos y más miserias que todos los mi-

serables juntos. ¡Ah, señor pastelero! ¡Os amo yo con las entrañas abiertas, como no he querido á nadie, y vos me despreciáis! ¡Pues veremos si podeis despreciarme á mí! ¡Veremos si sois vos mejor que yo!

Y la muchacha corria.

—¿Pero dónde estás, vieja del infierno? dijo la Galana deteniéndose á la puerta de su casa.

—Tú debes tener los diablos en el cuerpo, hija, contestó la Martina allá desde una legua.

—¡Vamos, andad, que urge el tiempo y se me vá á escapar!

—¿Y quién te se vá á escapar, loca que eres y dejada de la mano de Dios? dijo la vieja llegando y echando de fatiga, como suele decirse, los hígados por la boca.

—Abrid presto, madre Martina, y encended luz.

Abió la vieja, subieron, se encendió la luz, y la Galana arrojó el manto, se quitó rompiéndolo para quitársele pronto su hermoso traje de raso blanco, se quitó las joyas falsas, los cintillos, y empezó á destrenzarse los luengos y maravillosos cabellos.

—¡Pero hija, tú estás loca, dijo la vieja; el señor Gabriel de Espinosa ha debido de darte algo!

—¡Volando! Los peines, el sayal de picos pardos, el pañuelo blanco y el manto azul, dijo la Galana que estaba fuertemente encendida, febril, con el semblante desencajado, y los ojos ardientes, coléricos, torvos.

Algunos instantes despues, Mari Galana estaba peinada y vestida con una extricta sujecion á las ordenanzas, como si dijéramos, con su traje de reglamento.

—Conmigo á la calle, dijo la Galana.

—Pero hija, tú me vas á matar, dijo la vieja.

—Conmigo á la calle, repitió la Galana, y no me repliqueis más, abuela, porque os sucede un trabajo.

—¿Pero á dónde vamos, hija, á estas horas, á dónde vamos?

—A donde yo me sé.

La vieja salió llevada á remolque por la moza, que no paró de correr hasta que se detuvo en la puerta de una gran casa situada enfrente de San Pablo.

La puerta estaba cerrada.

Mari Galana se asió al llamador y le sacudió con fuerza.

Tardó algo en abrirse la puerta; pero al fin se abrió, y apareció un alguacil de los del género tremendo, con un par de bigotes que metían miedo.

IX.

—¿Es esta hora, dijo con voz áspera y de pocos amigos, de venir á aporrear puertas y á despertar gente honrada? Ea, váyase la perdida, ó la agarro, y á la estantigua que la acompaña, y las meto en la cuadra hasta por la mañana en que las meta en la cárcel.

—¿Te se figura á tí que para hacer eso que tú dices, basta con tener muchos bigotes, corchete? dijo con desprecio la muchacha; ¿sabes tú que á la Mari Galana no hay alguacil que le meta mano, como no lo mande un alcalde?

—¡Ah! ¡La Mari Galana! ¡La hembra famosa! Eso es distinto, dijo el corchete suavizando la voz; ¿qué se ocurre, prenda de rey?

—Di á don Rodrigo, que la moza de partido Mari Galana tiene que hablarle.

—Vénte otro día, la dijo en acento de buena inteligencia el alguacil, porque su señoría se ha acostado temprano, y tiene agarrado, como él dice, el perro al estómago; anda malucho y no es buena ocasión de verle.

—Pues aunque se muera y aunque reviente, que se levante, dijo la Mari Galana con imperio.

—Pues no traes tú muchos fueros, princesa, dijo el alguacil; te deben de tener muy mimada y muy mal criada; porque te se figura que un alcalde es así, como si dijéramos, un pelele, que se trae y se lleva como se quiere.

—Cállate tú, nécio, que yo bien sé lo que me digo; y porque es alcalde le busco; porque el rey le ha dado la vara, para que aún muriéndose haga justicia, y para eso le paga.

—Vamos, á tí te ha dado alguien una paliza.

—¡A mí! ¿Y quién, si no ha nacido el que me ha de poner la mano encima? Mira, lo que te digo es, que como no avises al alcalde, me pongo á dar gritos y á escandalizar hasta que el alcalde me oiga, y veremos á quién le pesa. ¡Pues buen rescoldo traigo yo en el cuerpo para entretenerme en conversaciones de puerta de bodegon con un don nadie!

—Vamos á ver si hablamos como Dios manda; y por último, sepamos para qué se ha de incomodar á su señoría; porque te advierto, muchacha, que si es para una simpleza, te mete á tí en la cárcel, y á mí, por haberle incomodado, en cuanto se levante me rompe el alma,

para que escarmiente y no lo vuelva á hacer. ¡Pues á fé que las varas que gasta su señoría son amorosas! De acebo curado, muy acepilladitas y muy pintadas, que no parecen lo que son; pero que antes de romperse ellas, rompen hueso.

—Pues avisale, y dile que es para cosa muy importante, y no tengas miedo de que te acaricie con la vara.

—Pues entra y que entre la abuela, que voy á cerrar la puerta, y esperáos aquí, que yo voy á sufrir la andanada que me va á echar el alcalde en cuanto le despierte.

X.

Entróse el corchete en un patio enorme, subió por unas anchísimas escaleras de piedra, adelantó por unos anchos corredores, llegó á una mampara que abrió con un llavin, atravesó una habitacion oscura, abrió otra mampara, y entró en una gran cámara en que apenas se rompía la sombra por la luz de una lámpara puesta sobre una mesa, y cubierta por una pantalla.

Un hombre alto y seco se paseaba por aquella cámara.

—¡Señor! dijo el alguacil con voz medrosa, porque temia ser muy mal recibido.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay? dijo deteniéndose el hombre que paseaba, con acento brusco y soberbio.

—¿Está vuestra señoría peor? dijo con voz adulatora el alguacil.

—Sí, Tribaldos, sí; me estoy muriendo; no puedo estar en la cama; el estómago y la cabeza... Pero yo

no he llamado; ¿por qué se me incomoda? ¿Será menester que haga yo una de las mias?

—Vuestra señoría me perdóne, dijo temblando Tribaldos; pero han venido á buscar á vuestra señoría.

—¿Y quién, quién me busca?

—La moza de partido Mari Galana.

—¡Cuerpo del diablo! Agárrala, ácala, y llévala á la cárcel.

—Perdóneme vuestra señoría...

—¡Cómo!

—Dice que es para un asunto muy importante, dijo haciendo de tripas corazón Tribaldos.

—Pues que venga con mil de á caballo: que entren luces.

Tribaldos desapareció.

—¡Esto no es vivir! continuó murmurando Santillana mientras tomaba de sobre un sillón su toga y se la ponía; ser alcalde, es estar atado á un remo; y yo que me estoy muriendo... mi estómago... mi cabeza... y mi corazón: ¡mi hija! ¡Y ese maldito monseñor! ¡Vamos, si Dios en su infinita misericordia no lo remedia, yo voy á volverme loco!

El alcalde dejó de murmurar porque sintió pasos, y calló.

Poco despues entró un paje con dos candelabros, en cada uno de los cuales habia tres velas encendidas, los puso sobre una mesa y salió.

Inmediatamente se sintieron unas rápidas pisadas, fuertes, como las que produce al andar con energía toda buena moza, y la Mari Galana se lanzó en la cámara y llegó con un desenfado infinito al borde de la mesa, la

otro lado de la cual estaba sentado en su sillón el alcalde.

Las luces de las seis bugías iluminaban de lleno el descompuesto semblante de Mari Galana.

Al verla, el alcalde se puso pálido como un difunto, se levantó rígido, y miró de una manera terrible por el espanto que se veía en su mirada á la jóven.

—¿Habeis visto al diablo, don Rodrigo? dijo Mari Galana.

Al oír la voz de la jóven, pasó un temblor rápido por el cuerpo del alcalde.

—¡Sois moza de partido! exclamó con la voz ronca, terrible, espantosa.

—Sí, ya lo veis; y no es ningun delito por el que se prenda, ni por el que nadie tenga que asustarse.

—¿Cómo os llamais?

—Mari Galana.

—¿De dónde sois?

—Del mundo.

—¿No sabeis cuál es vuestra tierra?

—Sí, la que piso.

—¿Teneis padres?

—A la fuerza; porque á mí no me habrán sembrado.

—Pero ¿quiénes son?

—Ni me lo han dicho, ni me hace falta saberlo.

El alcalde se dejó caer desplomado, cadavérico, sobre el sillón.

—Me habian dicho que estábais enfermo; pero no creia yo que lo estuviéseis tanto; qué hemos de hacerle; ello es preciso, y antes que todo es la justicia.

—¿De qué se trata, á qué venís? dijo haciendo un esfuerzo y con voz desmayada el alcalde.

—A dar parte de un hurto.

—Decid.

—De un hurto de muy ricas alhajas.

—¿Quién las ha hurtado?

Extremecióse Mari Galana; arrepintióse de lo que hacia; pero ya era tarde: ya no podia retroceder.

—Un hombre á quien yo conozco, dijo con la voz mal segura; esta noche he visto en su cuarto unas ricas alhajas que él no puede tener, porque es hombre de bajo oficio y de poca fortuna, y sospechando que las alhajas fuesen robadas, y que á mí se me sacase culpa por el trato con ese hombre, he venido á daros parte.

—Yo no os conozco; yo no os he visto nunca en mi casa; ¿cómo sabiais que yo vivia aquí?

—No hay moza de partido que no sepa donde vive el alcalde don Rodrigo de Santillana, por la cuenta que le tiene, y para no alborotar de noche cuando se pase por la puerta de su casa.

—¿Sois amiga de ese hombre? dijo de una manera singular don Rodrigo, que no dejaba de mirar de hito en hito á Mari Galana.

—No señor.

—¿Y entonces, por qué fuisteis á su casa?

—Porque estoy enamorada de él.

—¿Y si estais enamorada, cómo le delatais?

—Porque si yo conociera á mi madre, y la creyera ladrona, la delataria.

—¿Y quién es ese hombre?

—Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal.

—¡Ah! exclamó el alcalde de una manera terrible.
¡Ese hombre misterioso.....

Y sus últimas palabras fueron tan roncacas, que Mari Galana no las entendió.

—¡Hola! gritó el alcalde levantándose.

Apareció un paje.

—Mi espada, mi vara y mi birrete; una capa de seda; pronto.

Y siguió murmurando y dando vueltas maquinalmente por la cámara.

—¡El pastelero! ¡El soldado! ¡Ese hombre singular!
¡No sé por qué me espanta el que ese hombre dé en mis manos!

A esto, el paje le habia ceñido la espada, le habia puesto la capa, y le habia entregado la vara y el birrete.

—¡Arriba mi ronda, dijo el alcalde, y que esté dispuesta para cuando yo baje!

Mari Galana entretanto, completamente arrepentida de lo que habia hecho, se habia sentado en el suelo, y lloraba silenciosamente con un desconsuelo infinito, cuantas lágrimas tenia.

—¿Por qué llorais, hija? dijo el alcalde levantándola dulcemente, y hablando de una manera suave y conmovida acaso por la primera vez.

—¡Porque le amo y le pierdo! dijo Mari Galana sollozando como un niño.

—Tal vez no sea culpado; el hombre que decis es tal, que bien puede tener ricas joyas.

—¡Quiéralo Dios! Pero por su Santa Madre, no le di-

gais, señor, que yo le he delatado; porque ahora no me ama; pero no quiero que me aborrezca.

—Nada tengo que decirle de vos: os vais á quedar aquí.

—¡Presa! dijo Mari Galana asustada; y luego, reponiéndose, añadió: pues bueno, bien, si él va á ser preso, me alegro de estar presa tambien.

—¿Tanto le amais, desdichada?

—¡Ah, sí! Es el primer hombre á quien he querido como le quiero á él.

—Pues bien; vos no os quedais aquí presa; mi casa no es cárcel; es que quiero que me espereis; es que necesito hablaros, que me vá en ello el alma y la vida, y no me separaria de vos sin que me contestárais á todo lo que tengo que preguntaros, si no fuera porque la justicia es lo primero. No pretendais salir, porque no os dejarán salir. ¿Ha venido alguien con vos?

—Sí; una maldita vieja que vive conmigo; una perdedora de almas.

—Adios, y hasta despues.

Don Rodrigo salió, y dijo al paje que estaba en la antecámara y que tenia en la traza algo de alguacil:

—Que no salga de mi cámara esa jóven.

—Descuide vuestra señoría.

El alcalde salió calenturiento, terrible, y al llegar al pié de las escaleras encontró sentada en el primer peldaño á la madre Martina.

El alcalde se detuvo.

—¡Tribaldos! dijo.

—¿Qué me manda vuestra señoría? dijo Tribaldos sa-

liendo del zaguan y acercándose rápidamente á don Rodrigo.

—¿Está lista la ronda?

—Sí señor.

—Que se queden aquí dos.

—Muy bien, señor.

—Agárrame á esa vieja, y enciérrala.

—¡A mí! ¡Yo presa! dijo con una voz semejante al chillido de una rata la madre Martina.

—¡Calle la bruja! dijo Santillana sacudiéndola con la vara, y haciéndola dar un chillido infinitamente más fuerte y desapacible que el primero.

Tribaldos se llevó á empellones por delante á la vieja, que iba soltando cada imprecacion y cada blasfemia que ponía espanto.

Poco despues el alcalde salió de su casa con cuatro alguaciles, uno de los cuales era Tribaldos.

—¡Ah, mal pecado! dijo deteniéndose de repente el alcalde; ¿y á dónde voy yo, si no sé la posada de ese hombre?

Y volvió á la casa, y subió rápidamente á su cámara.

Mari Galana estaba sentada en su sillón, echada de cara en la mesa sobre los brazos y llorando.

El alcalde, á quien Mari Galana no habia sentido, permaneció mudo algunos instantes, contemplando con una expresion profundamente dolorida á la jóven.

—¡Ah, no, no! dijo; esto no puede ser; esto debe ser una fascinacion mia; esto seria un castigo horrible.

Y luego añadió en voz alta:

—¡María!

La jóven levantó la cabeza y miró con una especie de estupor, con una especie de insensatez al alcalde.

—¡Qué! ¿Habeis vuelto ya?

—¡Volver tan pronto, cuando hace un momento que me separé de vos!

—¿Y qué sé yo el tiempo que ha pasado desde que os fuisteis?

El alcalde se estremeció.

La insensibilidad de Mari Galana respeto al tiempo, era espantosa; porque marcaba el estado de la jóven.

—No he podido volver, dijo el alcalde, porque no me habeis dicho en qué posada está Gabriel de Espinosa.

—¡Ah! exclamó con alegría la jóven. ¿No os lo he dicho? Pues me alegro, porque nadie pierde más que yo; haced conmigo lo que querais, metedme en la cárcel, apretadme los cordeles; si el dolor me hace confesar, ya no habrá cuidado, porque él se iba á ir, porque él se habrá ido.

El alcalde miró profundamente á la Galana, y luego dijo:

—No quiero que me digais dónde está ese hombre. Adios.

—¡Pero vos le vais á encontrar, dijo Mari Galana levantándose y abalanzándose á don Rodrigo; dicen que sois un alcalde de Satanás, y que Satanás os ayuda; no le busqueis; la ladrona soy yo!

El alcalde se desasíó nuevamente de Mari Galana, salió, cerró la puerta, se metió la llave en el bolsillo, y se lanzó á la calle.

—¡A la casa de hospedaje que esté más cerca! dijo don Rodrigo á Tribaldos.

Y la ronda y el alcalde, guiados por Tribaldos, se pusieron en marcha.

En aquel momento sonaban las once de la noche.

CAPITULO XVI.

De cómo fué preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

Tribaldos llevó á don Rodrigo á más de veinte hospederías y posadas.

En la mayor parte de ellas daban noticias del pastelero de Madrigal; pero en ninguna habia permanecido más que horas, ni al irse habia dejado noticias de dónde se fuese.

Siempre que salia de una posada, lo hacia con apariencias de emprender un viaje.

Otro alcalde se hubiera aburrido, y mucho más en la situacion de ánimo y de salud en que se encontraba don Rodrigo de Santillana.

Pero este no se aburría.

El cumplimiento de su deber le daba fuerzas y paciencia.

Tribaldos seguia trotando, y de una posada donde no